

MATANZO

SE conoce que don Juan Barranco no da la talla para criticar a Matanzo, y ha tenido que llamar a su primo.

«¡Anda, el de zumosol!» Y entonces ha aparecido don Felipe González y ha empezado a ver matanzos esparcidos por todo el Partido Popular, a ver si así mejoran las encuestas. «Todo es bueno para el convento», decía el fraile, y llevaba una furcia al hombro. Don Felipe González ha pasado de

Maastricht a Matanzo. Se ha subido en los lomos a Carlomagno y se ha ido a hacerle la guerra a un concejal. ¡Puñetero «clown», y qué saltos pega!

Claro está que lo de Matanzo es una desdicha. Es difícil encontrar en el mundo de la política un sujeto que tenga tanta razón y que se dé más maña para perderla estruendosamente. A Matanzo no le ha faltado la razón, sino la picardía. No le ha adornado Dios con la virtud del zorro. Le ha faltado astucia para saber que le estaban poniendo un trapo roj@ ante las narices, y que en cuanto embistiera le iban a estoquear. Antes de cerrar un teatro por irregularidades administrativas, cuando en ese teatro se hace la caricatura del concejal del distrito, hay que armarse de paciencia y lanzar más arriba la patata caliente. «Lo del Alfil va contra las Ordenanzas municipales, pero yo no debo ser quien tome la decisión legal que corresponda, porque lo achacarían a revancha personal. Es más, eso huele a una provocación.» ¡Claro que ha sido una provocación! Ya lo ven. Incluso ha venido don Felipe González, con Carlomagno a coscaletas, a cortar la oreja.

Cualquiera que analice todo ese pollo que se ha armado con lo del Alfil tiene que empezar haciendo las preguntas de cajón: ¿Respeta el teatro las Ordenanzas municipales? Y si no las respeta, ¿cuáles son las medidas reglamentarias que corresponde tomar? Porque quizá, en este torneo de energúmenos que hemos organizado, los energúmenos mayores son los que arman todas las noches un zipizape o una algarabía, copeo, bailoteo

y movida hasta la madrugada, sin la necesaria autorización, ante la desesperación de los vecinos, aprovechándose de

un espectáculo pretendidamente cultural y en el que se pone a parir al concejal del distrito, quizá con la secreta esperanza de que eso le ate las manos o de armarle la marimorena si interviene, como es su deber.

Lo de Matanzo es una desdicha por falta de tacto y de astucia. Lo del

otro concejal, Pedro Ortiz, es desdicha más grave. Ese señor lo mismo quiere salvar de las Ordenanzas al teatro Alfil que cargarse el Español con reglamentismos que no le son aplicables, con tal de plantearle problemas al alcalde. Es un caso claro de hasta dónde las mayorías precarias pueden incitar a la rebeldía, al abuso de personalismos, al enfrentamiento de exhibición y, en algún caso, a la traición al partido. Y hay que reconocer, además, que nuestros socialistas poseen una habilidad especial para aprovechar en su favor estos casos y llevar estas aguas turbias a su molino.

El grandullón de zumosol ha dicho eso de que el Partido Popular está lleno de «matanzos». Lo menos que se le puede responder a don Felipe se lo ha espetado el propio Matanzo. «El PSOE está lleno de guerras.» Efectivamente, el PSOE está lleno de guerras, de corcueras, de eligios, de olleros, de salas, de navarros, de aidas, de valverdes, de rubios, de galeotes con el despacho más cerrado que el teatro Alfil.

¡Anda!, ¿y ese interés conmovedor por la libertad de expresión? Caen sobre Matanzo, por el cachondeo «cultural» del Alfil, los mismos que empujaron a don Leopoldo Torres a querellarse contra los periódicos no gubernamentales, los mismos que quieren meter en el Código Penal ese delito de difamación desconocido fuera de las dictaduras, la de Narváez y la de Primo de Rivera. ¡Y eso si que es un «matancismo» a lo bestia!

